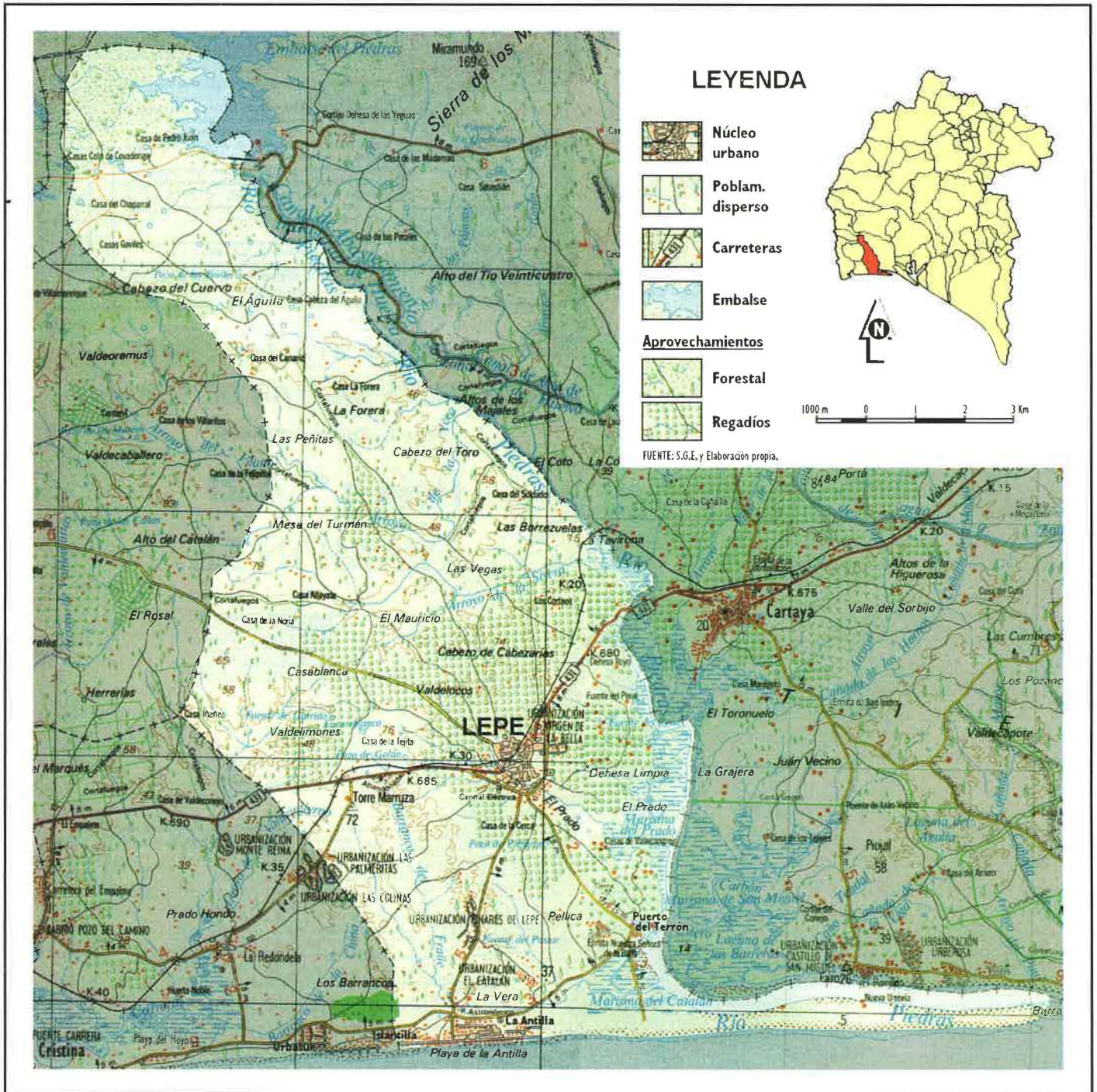


Lepe

José Manuel Jurado Almonte



Un pueblo de campo y mar

CIERTAMENTE han sido oscuros los orígenes históricos de este territorio. Es tradición popular e histórica, pero con muy escasos fundamentos, adscribir su fundación a los **fenicios**. Sólo existen constancias arqueológicas de antiguos asentamientos en algunos cabezos litorales como «La Tiñosa», pero de período posterior, de cultura turdetana, del siglo IV antes de Cristo. El arqueólogo J. Bonsor (1922) creía que aquí se pudo haber establecido un tipo de factoría que comerció con los pueblos nativos desde el primer milenio a. C. También encontró materiales romanos, relacionando estos yacimientos costeros con la *Laepa* romana (Moreno Alonso, M., 1979).

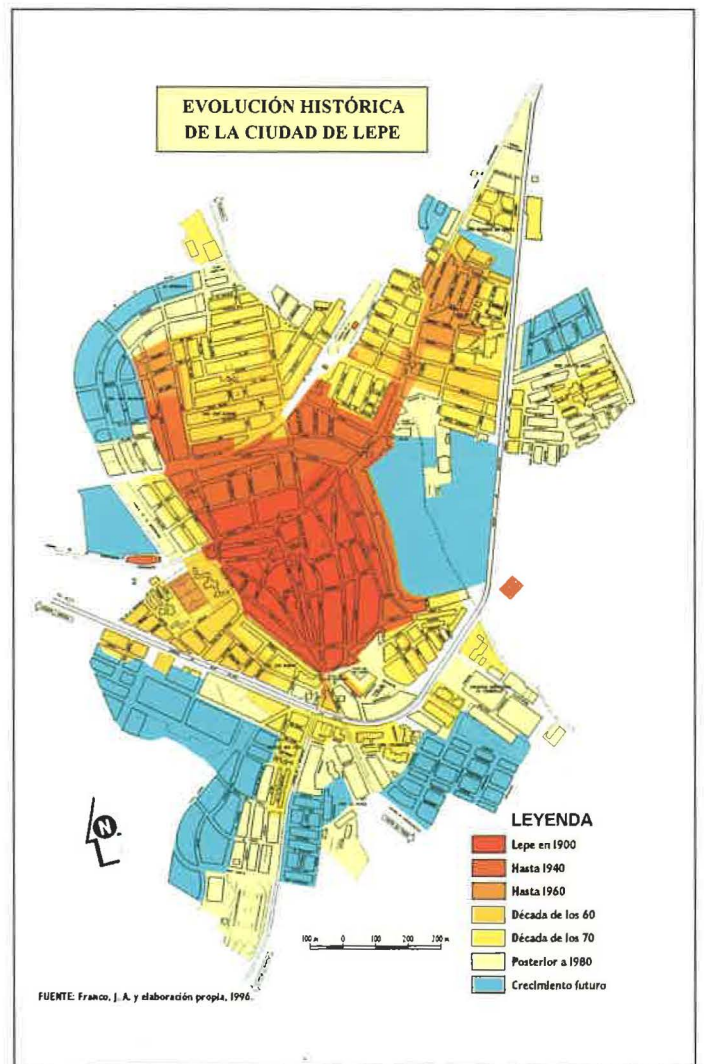
No se sabe con seguridad si la toponimia de «Lepe» procede del *Laepa* o *Leptis* latinos, que aparecen en los textos clásicos de hace dos milenios. Como *Laepa* la sitúa Pomponio Mela junto al río Anas o Guadiana, y aparece también en las divisiones administrativas de Catón el Censor y Augusto; con el segundo topónimo aparece en los diccionarios de Tomás López (siglo XVIII), Pascual Madoz (1845) y Espasa-Calpe (1916). Pero al margen de estas dudas, tampoco se conoce con exactitud si dichos poblamientos **romanos** tienen necesariamente que coincidir con el asentamiento actual de Lepe. Las modernas investigaciones arqueológicas no pueden sustentar o confirmar ninguna de estas adscripciones.

Del mismo modo, apenas hay referencias de los siglos de ocupación **visigoda y musulmana** (Camacho, J. J., 1988). Se sabe de esta última época que tuvo Lepe, como Moguer, una importante aljama o barrio judío. La huella de tradición mudéjar se manifiesta en la arquitectura, en los abundantes ajimeces de antaño y en la cúpula de la capilla de San Cristóbal, de los siglos XV-XVI.

Fue conquistada inicialmente la zona a los musulmanes a mediados del siglo XIII, con la acción combinada de portugueses y de Ordenes militares, aunque pasaría a dominio de la Corona de Castilla. Pronto, a partir de 1295, se convertiría en **dominio de señorío**. Al fallecer en 1396 el primer Conde de Niebla, don Juan Alonso Pérez de Guzmán, pasa Lepe, por donación, a su segundo hijo, don Alonso de Guzmán, junto a las posesiones de Ayamonte y La Redondela. Años más tarde, en 1454, estas tres villas son heredadas por doña Teresa de Guzmán, quien casaría con don Pedro de Zúñiga, y cuyos descendientes conformarían el Condado y después **Marquesado de Ayamonte**. En 1648 el señorío de Lepe pasa a manos del Marqués de Astorga, situación que se mantendría hasta la abolición de los señoríos feudales, en el primer tercio del siglo XIX.

En la **baja Edad Media** debió de desarrollarse un importante comercio de exportación de vinos de Lepe y otros frutos del campo a través del puerto de El Terrón y La Ramada a lejanos mercados como Inglaterra y Flandes (Torres, M., 1995). En este sentido, encontramos una curiosa cita de «Lepe» en la obra *Cuentos de Canterbury* del poeta inglés Geoffrey Chaucer, en el siglo XIV, quien la nombra a propósito de la fama adquirida por los vinos de esta villa.

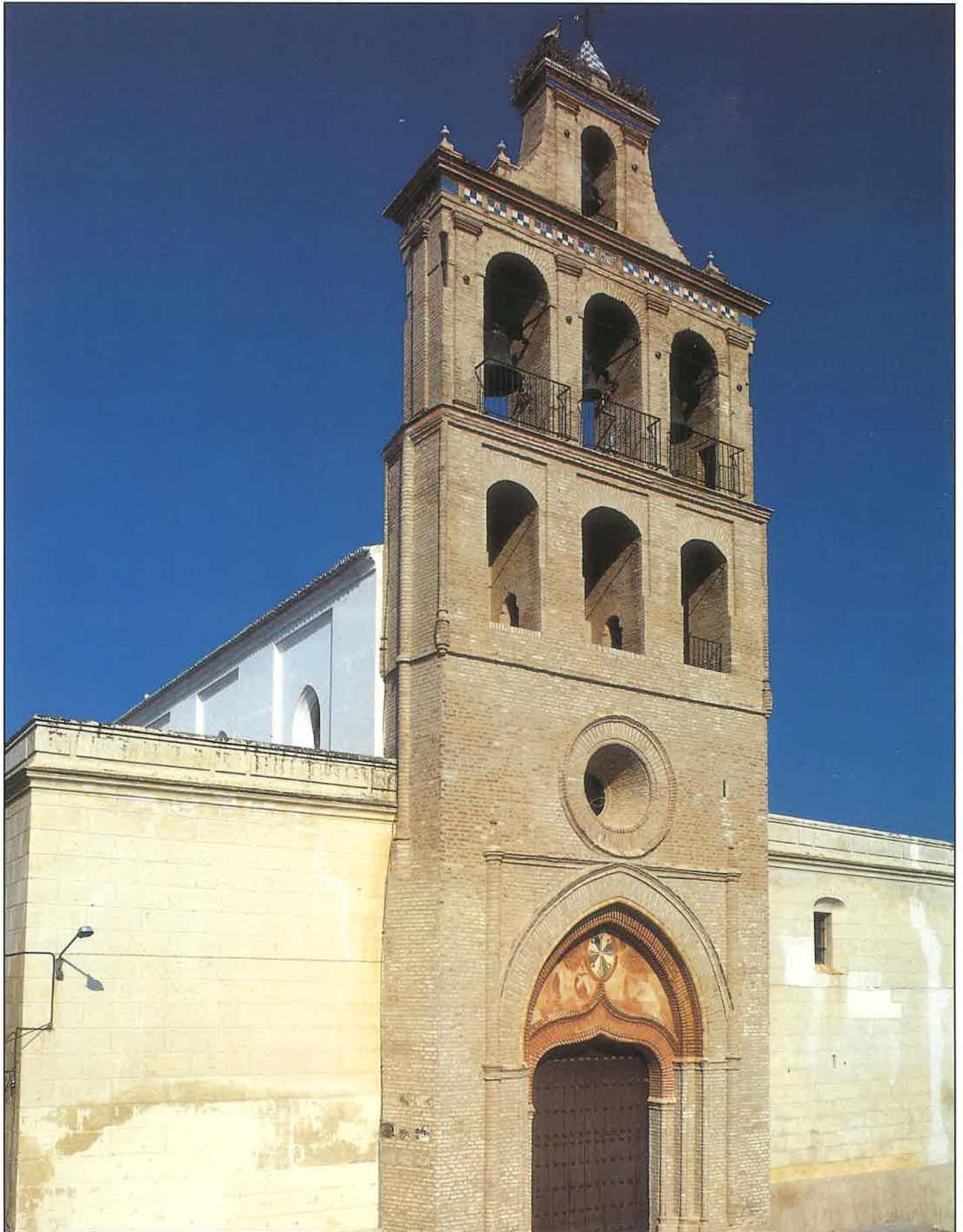
Los vínculos y la presencia de Lepe en Inglaterra, no sólo están representadas por sus vinos, ya que el cronista fran-



ciscano Gonzaga, en su obra de carácter histórico (Roma, 1587, 1602), menciona a **Juan de Lepe**, llamado el «pequeño rey de Inglaterra», bufón de la Corte del rey inglés Enrique VII (1457-1509), con quien jugó en una partida de dados el reinado de Inglaterra por un día. Partida que hubo de ser memorable. La fama contrastada de este rey de astuto y codicioso no fue suficiente para vencer. Finalmente, siguiendo a nuestro cronista, Juan de Lepe volvió a su pueblo natal cargado de riquezas y se hizo enterrar en el Convento de Santa María de La Bella.

Por otra parte, también existe una pequeña localidad costera en el Sur de Inglaterra que responde a la toponimia de «Lepe». Sin conocerse con exactitud su origen, cabe la hipótesis de ser un caprichoso testimonio de las intensas relaciones comerciales, principalmente del vino que, por entonces, se establecieron entre Lepe y aquel reino.

Al mismo tiempo, se afianzaban las rutas comerciales hacia el Norte de África y las Canarias, así como la pesca y las carpinterías de ribera en las orillas del río Piedras, que aprovechaban las abundantes masas de pinar costero. Lepe tenía una abundante población que rondaba los 2.000 «vecinos», según los datos, muy poco fiables, del *Itinerario* de Hernando Colón (1511-1517). Además, buena parte de su población activa estaba compuesta por expertos marineros. Por tanto, al igual que otros pueblos costeros colindantes, Lepe poseía unas excelentes condiciones que no pasaron

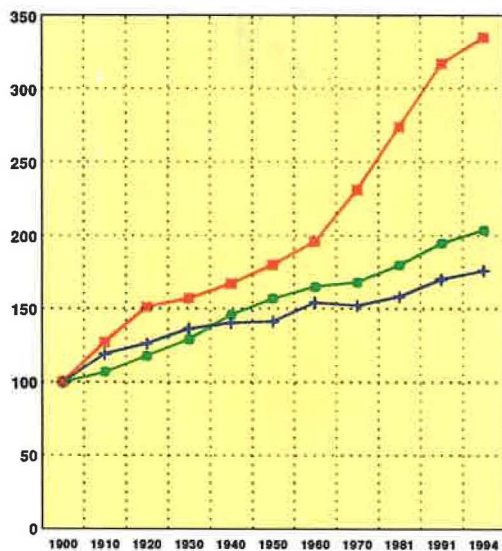


Iglesia y espadaña de la torre campanario

Los efectos del terremoto de 1755, además de sus víctimas y destrozos en viviendas, provocaron la reconstrucción de la iglesia. De esta época hoy sólo se conserva el campanario, singular en la geografía onubense por su forma de torre-fachada.

Evolución demográfica de Lepe

En números índices, base 1900.



| | | | | | | | | | | | |
|--------------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|--------|--------|--------|--------|--------|
| P. Lepe | 5.126 | 6.529 | 7.716 | 8.026 | 8.569 | 9.240 | 10.036 | 11.426 | 14.053 | 16.236 | 17.189 |
| H. Lepe | 100 | 127 | 151 | 157 | 167 | 180 | 196 | 231 | 274 | 317 | 330 |
| H. Huelva | 100 | 119 | 128 | 136 | 140 | 141 | 154 | 152 | 158 | 170 | 175 |
| H. Andalucía | 100 | 107 | 118 | 129 | 140 | 157 | 165 | 168 | 180 | 195 | 204 |

Fuente: I.N.E., 1900-1994.

inadvertidas en los nuevos planes de expansión de la Corona de Castilla, desde el primer viaje de Colón.

Fueron numerosos los naturales de esta villa que, casi anónimamente, participaron en el **descubrimiento y conquista de América**. Entre ellos, Juan Rodríguez Bermejo fue el primero que, desde la carabela *Pinta*, divisó el nuevo continente; si bien la historiografía tradicional le ha confundido con Rodrigo de Triana (Tornero, P., 1990). Pero al margen de esta mera anécdota, fue más importante el hecho de que desde las riberas del Piedras, en 1515, se construyera y se organizara, con marineros mayoritariamente de Lepe, la flota de tres carabelas que descubriera el Río de la Plata, al mando de Juan Díaz de Solís, quien, además, había fijado su residencia y estaba emparentado en Lepe (Rubén Avila, F., 1974). Por otra parte, de principios de la siguiente centuria, destaca la figura de Alonso Barba, cuyos trabajos en América y su tratado *El arte de los metales* (1640) contribuyeron decisivamente al avance de la metalurgia en toda Europa.

Un hecho importante fue la concesión para Lepe, iniciada por el Marqués de Ayamonte, don Francisco de Zúñiga y Guzmán, de las *Ordenanzas para Gobierno y Regimiento* desde 1518 y continuada por algunos de sus herederos. Además de ser un documento «valiosísimo para la historia agraria y económica del Marquesado», sus normas trazaban el contexto socioeconómico de la villa hasta el final del régimen señorial (González Gómez, A., 1982).

Pero las expediciones americanas, unidas a la gran epidemia de peste de 1516, provocan una caída de la **población**, que pasaría a tener 748 «vecinos», unos 3.500 habitantes, en el censo de 1541, y 600 «vecinos» en el nuevo censo de 1591. Esta tendencia proseguirá durante todo el siglo XVII y alcanzará su punto más bajo en el censo de 1713,

con 270 «vecinos», unos 1.100 habitantes. A partir de aquí la población recuperó una tendencia positiva. Así, el Catastro de Ensenada de 1752 muestra 1.513 personas y el Censo de Floridablanca de 1787, 2.124 habitantes (Núñez Roldán, F., 1987).

La descripción que Rodrigo Caro (1634), el famoso historiador del siglo XVII, hace de Lepe es la siguiente: «Tiene la villa de Lepe oy setecientos vezinos, un Castillo fuerte, y antiguo, que es casa de los señores Marqueses de Ayamonte: tiene asi mismo una Iglesia Parroquial muy buena, un Convento de Frailes, y otro de Monjas de Santo Domingo: llegan esteros del mar a esta villa, por que no dista della mas que media legua corta: cogese en sus campos vino bueno: pero lo que más famosa la haze, son los higos, que llaman de Lepe, que se cogen de espesos higuerales, que allí ay, como en otra parte olivares.»

Importantes debieron de ser los efectos del terremoto de noviembre de 1755, que, además de numerosas víctimas, produjo destrozos en viviendas y edificios públicos. Posteriormente fue reconstruida la iglesia, de la cual hoy sólo se conserva el campanario, singular por su forma de torre-fachada.

Pero dicho acontecimiento y los saqueos de la villa durante la guerra de la Independencia no fueron óbice para que el pueblo prosiguiera un crecimiento lento durante todo el **siglo XIX**. Madoz (1845) registra un total de 3.024 «almas». «Consta de 480 casas de dos cuerpos, [...] formando todas 20 calles». Todavía se refiere a «los muros arruinados del antiguo Castillo», en la plaza del pueblo. «Tiene pósito; un hospital de la caridad; escuela de instrucción primaria; una iglesia parroquial; un convento de monjas; otro de frailes observantes, situado estramuros, vendido en la actualidad». Entre los productos agrícolas cita los cereales, que son insuficientes para el consumo, la naranja, la almendra, hortalizas, vino, legumbres y abundantes higuerales. Había también pinares, alcornoques y encinas, y en los terrenos más áridos, chaparrales y otros arbustos. «El comercio se hace esportando los frutos sobrantes (higos) en los barcos de su matrícula, en los de la de Cartaya y por puertos nacionales; se importan cereales de Sevilla y puntos inmediatos, generalmente por mar». Añade que «poseía aduana marítima de cuarta clase habilitada para el comercio de esportación al extranjero, y para el de cabotaje en la provincia de Huelva».

Con estos perfiles socioeconómicos se entra en el **siglo XX**. Se había experimentado un aumento poblacional moderado: en el censo de 1877 se registran 4.870 habitantes y para 1900 son 5.125. A principios de este nuevo siglo la **economía** sigue siendo básicamente agrícola. Existen «grandes plantaciones de viñas, almendros, higueras, olivos y frutales. La riqueza principal de esta población la constituye la preparación de sus famosos higos, que por término medio alcanza la respetable cantidad de 350.000 cajas de arroba por año. La cosecha de almendras llega a la cantidad de 15.000 fanegas» (Espasa, 1916).

La tierra se cultiva en seco; pero, a la vez, con labor intensiva, se da una gran variedad de cultivos. Se asocian las higueras y almendros con los herbáceos, tubérculos y legumbres. En base a las notables producciones agrícolas, surgen algunos comerciantes especializados en el envasado y exportación de los famosos **higos**, almendras y piñones, no sólo de Lepe, sino de toda la comarca, que se transportaban en pequeñas embarcaciones desde el puerto de



Recinto Romero Nuestra Señora de la Bella

En el entorno de las ruinas del convento de los Franciscanos, donde durante siglos se veneró la imagen de «La Bella», se celebra ahora, en su honor, la romería. Su auge convierte este paraje de antiguos olivares e higuerales en un espacio muy apetecido para la urbanización.

El paseo «cuadro»

Es el centro neurálgico de la ciudad de Lepe. Su crecimiento poblacional y socioeconómico ha condicionado un espectacular aumento del perímetro urbano, que se ha cuadruplicado respecto al de principios de siglo.



La Flecha

Aquellos que utilizan el río para vivir la llaman simplemente «La Barra». La cartografía y la Administración utilizan indistintamente las toponimias «Flecha de Nueva Umbría» o de «El Rompido», para designar un territorio bajo jurisdicción de Lepe.

El puerto de El Terrón

Al abrigo del río Piedras, se desarrolla este puerto que, hace siglos, fue testigo de expediciones americanas. En los últimos años asiste a una profunda crisis a causa de la colmatación sedimentaria en la desembocadura.



Panorámica de la Torre del Catalán

Sobre un antiguo acantilado se levanta esta fortificación de vigía. De mediados del siglo XVI, sirvió, en una época cuando la mar estaba más cercana, para alertar a los habitantes del peligro de incursiones de piratería.

La Antilla desde el mirador de «Las Cumbres»

En la década de los 60, se descubren las potencialidades turísticas e inmobiliarias del entonces «Caserío de Las Antillas», sólo salpicado por chabolas de pescadores y algunos chalés. El turismo y la construcción se convertían en nuevos pilares de la economía lepera.

La Barca hacia Cádiz, donde se embarcaban a navíos mercantes.

La pesca por esta época es una actividad muy marginal, lejos de la relevancia que había adquirido la agricultura. Eran embarcaciones pequeñas, generalmente pateras o barcas, con deficientes equipamientos, que trabajaban en las aguas del río o en las proximidades de La Antilla. Las escasas capturas sirven sólo para el autoabastecimiento de Lepe y de otros puntos de la comarca. Las familias marineras por entonces eran las más pobres y con el más bajo nivel de alfabetización. Para sobrevivir era frecuente que los marineros embarcasen en los «galeones» de la sardina de Ayamonte, en las almadrabas de Isla Cristina e, incluso, también alternaban su oficio con el de jornalero del campo.

Los años 40 y 50 fueron difíciles para Lepe, como también para la mayor parte del país. Se ralentiza el crecimiento urbano. El bloqueo internacional hará desaparecer, de raíz, el comercio exterior de antes. Las producciones de higos se dirigen ahora sólo al mercado interior, con peores precios, en un intento de calmar las hambrunas y la falta de azúcar del país. El contrabando remediaba la falta de algunos productos esenciales. La memoria colectiva guarda todavía los enormes esfuerzos y dolores que costaron sobrellevar aquellos penosos años de carestía. Pero quienes lo pasaron peor fueron aquellos sin tierras que cultivar y que dependían de un jornal.

Esta situación de estancamiento se rompe a finales de los años 50 y, principalmente, en los 60. Esta vez, los cambios, la riqueza y el progreso vienen de la mano de la mar y los marineros. Se había construido el actual muelle de El Terrón, con lonja y otros servicios; los motores sustituyen a las velas y remos; las embarcaciones son de mayor envergadura y autonomía; se generalizan nuevas técnicas de pesca. Por entonces, el campo estaba en declive, no podía absorber una mano de obra en crecimiento, y muchas fincas se abandonaban o se asistían a tiempo parcial. Muchos hijos de «camperos» se hacían marineros, como única manera de prosperar. Pero dentro de este colectivo hay que destacar a los hombres que se embarcaban en la flota congeladora con destino a caladeros desconocidos; progresivamente conocen la geografía costera de África: primero fue Cabo Blanco, después Cabo Verde, Angola, Mozambique... En sus mejores momentos Lepe, con unos 700 trabajadores, llegó a ser el pueblo con mayor representación en la flota industrial con base en el puerto de Huelva. Su duro trabajo y el alejamiento de sus familias durante «campañas» de meses, y a veces hasta un año, permitieron obtener dineros y ahorros que convulsionaron positivamente la economía local.

Principalmente por su causa se dinamizó la construcción de nuevos barrios. Ya a finales de los años 50 aparecen la Barriada Summers y las primeras viviendas de la Avenida de Huelva y calles Zaragoza, Gerona y Toledo, anticipo de lo que sería el Barrio de La Pendola. Igualmente, se construirá la carretera de circunvalación. Pero es en los 60 cuando se asiste a la mayor expansión urbana hasta entonces conocida. Se urbaniza buena parte de los barrios de San Roque y Don Ramiro, se desborda por primera vez la circunvalación y se prolonga la edificación en La Pendola. A su vez, algunos empresarios descubrían las posibilidades turísticas e inmobiliarias de unos no valorados y olvidados arenales costeros, salpicados por chabolas de pescadores y algunos

chalés: es el inicio, para el turismo de masas, de la urbanización de las playas de La Antilla.

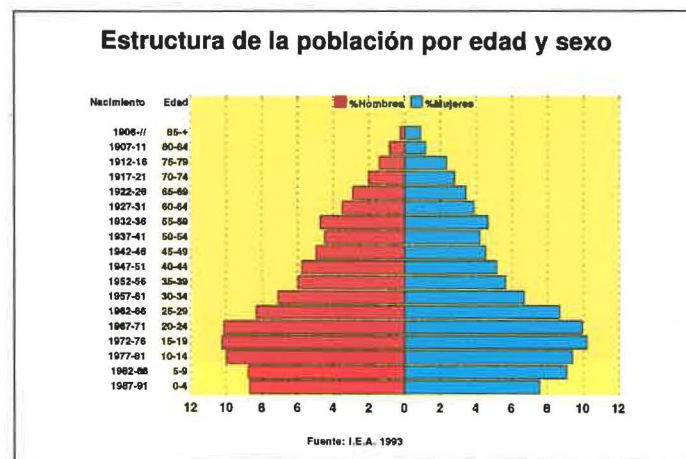
De esta manera, el crecimiento poblacional y socioeconómico ha condicionado un espectacular aumento del perímetro urbano del núcleo de Lepe, que se ha cuatriplicado respecto al de principios de siglo. A ello se unen las notables transformaciones de las viviendas en cuanto a construcción en altura, habitabilidad, fisonomía de sus fachadas, no siempre del mejor gusto, y modificación de planos y materiales de construcción. Además, los cambios urbanísticos y los usos del suelo experimentados por La Antilla han sido, si cabe, aún más radicales y rápidos.

Ya en los 80, la pesca entra en crisis, tanto la flota de bajura como la congeladora; además, la actividad constructora en el pueblo y La Antilla habían decaído. Entonces, una vieja actividad, aletargada durante años, despierta con un vigor sorprendente: es la agricultura, pero, esta vez, de regadío y gracias a productos como el fresón y el naranjo. De nuevo, otro sector se convertía en locomotora de la economía lepera y sus efectos se dejarán sentir, beneficiando al resto de los sectores socioeconómicos.

Por último, a finales de esta década, de la iniciativa de varios empresarios locales surge la idea de urbanizar otro tramo costero, pero con un tipo de urbanización de baja densidad, con mayor oferta hotelera y dirigida a un mercado de mayor poder adquisitivo: se ponen los cimientos de lo que sería Islantilla.

Por tanto, la economía de Lepe se ha caracterizado, desde siempre, por su gran diversidad. La crisis de un sector se compensaba, casi a la vez, con la pujanza de otro. De esta manera, con pocos sobresaltos, este pueblo ha sabido alzarse a los primeros puestos a nivel provincial en cuanto a peso poblacional y económico. Su medio físico, de tierras y mar, y el innegable trabajo y adaptabilidad, no sólo han permitido subsistir y prosperar a sus pobladores, evitando la emigración, sino que Lepe se convierte en tierra de promisión para numerosos empresarios y trabajadores foráneos.

Entre su patrimonio cultural y como seña de identidad de este pueblo tenemos la veneración de los leperos por la imagen de «La Bella», uno de los pocos ejemplos de «vírgenes eucarísticas», de la cual existe constancia desde 1498, en el antiguo convento de los franciscanos. En los mismos parajes donde durante siglos se la veneró, con excelentes vistas de la marisma y los arenales costeros, se celebra, en su honor, la romería cada segunda semana de mayo.



El territorio: articulación y recursos físicos

El municipio de Lepe, con 127,94 km², se sitúa en el **centro geográfico** de la comarca de la Costa, al Suroeste de la provincia. Presenta una notable accesibilidad por carretera con la capital onubense, con el resto de la región andaluza, a través de la A-49, y con Portugal. Además, se ha comprobado que el índice de gravedad geográfico, demográfico y económico de la comarca cae en distintos puntos del municipio de Lepe, lo cual debería ser significativo de cara a programas de servicios públicos.

Se trata de un territorio que, en su mayor parte, ofrece una **dinámica geomorfológica** muy reciente y potente que se manifiesta, especialmente, en su tramo costero. La deriva costera y la intensa sedimentación marina y continental se encargaron de moldear rápidamente este litoral. Se formaron los arenales costeros y el cordón dunar que avanzaba hacia Levante, configurando y prolongando la Flecha de Nueva Umbría o El Rompido. A la vez, en el estuario del Piedras, de bajos fondos, se depositaban materiales finos que, unido a los flujos de mareas, harán surgir, progresivamente, las marismas.

A estos cambios naturales se unen las **transformaciones paisajísticas** llevadas a cabo por el hombre, sobre todo, en este último medio siglo. La cartografía de 1946 nos ofrece una flecha que sigue creciendo; un núcleo de Lepe ceñido casi a los límites del casco histórico, sin la carretera de circunvalación; existe ya una carretera hacia el entonces «Caserío de Las Antillas» con no más de 50 casas de estructura permanente; aún no aparecen las carreteras hacia El Terrón y Villablanca; y el paisaje agrario está dominado por los cultivos en secano y el terreno forestal. En la nueva cartografía de 1982, a diferencia de la anterior, encontramos como principales procesos territoriales: la construcción del actual sistema viario, el sorprendente crecimiento urbano de Lepe y La Antilla y la aparición de núcleos como Pinares de Lepe y el recinto romero de La Bella.

Pero este ritmo de transformación del territorio en absoluto parece calmarse: en las dos últimas décadas asistimos a una modificación radical del espacio agrario con la reducción de las áreas forestales y de agricultura de secano en favor de los acolchados de fresas y las plantaciones de cítricos; a ello se une el nacimiento de Islantilla, el crecimiento

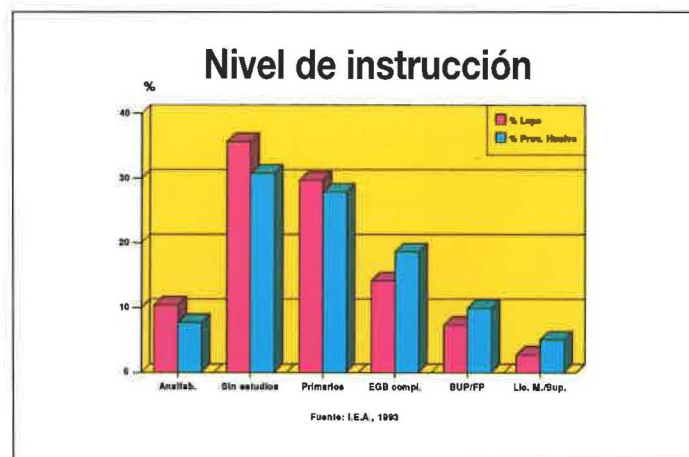
del resto de los núcleos y del poblamiento disperso en el medio agrario.

Buena parte de este territorio es de **dominio geológico** muy reciente, a partir del Mioceno Superior y Plioceno y, especialmente, del Cuaternario. Sin embargo, su forma alargada hacia el Norte le hace también participar de tierras andevaleñas, del Devónico. Por tanto, el **marco geográfico** de Lepe se caracteriza por tres unidades básicas que, de Sur a Norte, son:

- La **franja costera**, de geomorfología más moderna e inestable, que origina singulares paisajes de gran valor ecológico: arenales costeros, playas, cordones dunares, marismas, acantilados fósiles, etc. Los suelos son arenosos o salinos. Las playas y dunas sufren una importante ocupación turística estival, con la inevitable incidencia en la calidad medioambiental. El uso de las marismas ha sido predominantemente de tipo pesquero y marisquero. Se constituyen en espacios con altas tasas de productividad biológica, que sostienen cadenas tróficas muy complejas, tanto para el medio marino como terrestre.
- La **campiña agrícola**, constituida por margas, calizas y arenas del Mioceno y Plioceno. La topografía llana se rompe con la presencia de «cabezos», de materiales algo más resistentes, junto a «barrancos» o zonas deprimidas por la elevada erosión. Los primeros ofrecían una utilización que variaba desde el pastizal hasta las repoblaciones de pinos y eucaliptos, pero, actualmente, están sometidos a una creciente transformación agrícola, modificándose los pinares por bancales de frutales o por urbanizaciones y viviendas diseminadas. La ocupación de la campiña más fértil y llana es compartida por una agricultura en secano y un regadío en progresión.
- En el extremo septentrional del término encontramos el **zócalo paleozoico del Andévalo**. Se diferencia de las áreas meridionales, más que por su topografía, por la composición de los materiales del suelo, pizarrosos, poco evolucionados y pobres en nutrientes, y por las formaciones vegetales resultantes. En tiempos no lejanos, parte de estas «frías» tierras fueron cultivadas con dificultad y complementada con una ganadería extensiva. Se trata del conocido localmente como «Campo de Arriba de Lepe», salpicado por cercados y casas abandonadas y dispersas. Hoy predominan los aprovechamientos forestales de eucaliptar en manos de propiedades del Ayuntamiento, ENCE y el IARA.

Otro recurso físico de Lepe es su **clima** mediterráneo-oceánico, muy influido por la presencia del Atlántico. Las lluvias, en torno a los 500-550 mm., máximas en invierno y prácticamente nulas en verano. La temperatura media anual es de 19-20 °C, suaves en invierno, sin ningún mes por debajo de la media de 12 °C, y elevadas en verano, 25 °C. Asimismo, presenta una elevada insolación, con casi 3.000 horas de sol al año, y una ausencia casi total de heladas que, unido a la existencia de aguas, suponen unas condiciones climáticas excepcionales para los cultivos en regadío, además de ser un atractivo para el turismo.

La principal arteria hidrográfica es el **río Piedras**, que nace en las primeras estribaciones del Andévalo Occidental.



Se encuentra totalmente regulado por el hombre con la construcción de las presas del Piedras y de Los Machos. En su tramo final se ensancha y con una pendiente imperceptible es influido por las mareas, ofreciendo un paisaje marismero de gran valor ecológico y ambiental. Las corrientes secundarias, a nivel de arroyos, tienen escasa importancia; sólo en los días de fuertes lluvias sufren importantes avenidas, aunque desaguan rápidamente.

De capital importancia para la economía local y de toda la comarca es el **acuífero** detrítico n.º 25, extendido por las tierras bajas y arenosas desde el río Guadiana al Odiel. Se convierte en el principal recurso físico que ha permitido el reciente desarrollo agrícola.

En cuanto a la **vegetación natural**, tenemos la oportunidad de pasar, en un corto recorrido espacial, del encinar y matorral de las tierras de Andévalo a una vegetación de marismas y arenales en la estrecha franja costera.

Al Norte, sobre suelos poco productivos, predomina el paisaje forestal, pero de las grandes masas de alcornocal hoy sólo quedan individuos dispersos, sustituidos por repoblaciones de eucaliptos. En la campiña, sobresalen los aprovechamientos agrícolas. Pero la banda litoral todavía posee unas condiciones ambientales de gran singularidad. A las zonas marismeñas le corresponde una vegetación halófila, adaptada a suelos salinos. Hallamos una vegetación psamófila, de suelos arenosos, en las formaciones dunares costeras, a la que se añaden los pinares situados en los cabezos litorales de arenas y gravas.

Tomando los valores naturales y paisajísticos, este litoral cuenta con auténticos «**regalos ambientales**», por su calidad estética e interés ambiental, algunas de ellos declarados **Parajes Naturales**, como son: las dunas vivas de la flecha de Nueva Umbría o El Rompido, las marismas del Piedras, los pinares costeros y la dehesa del Piorno.

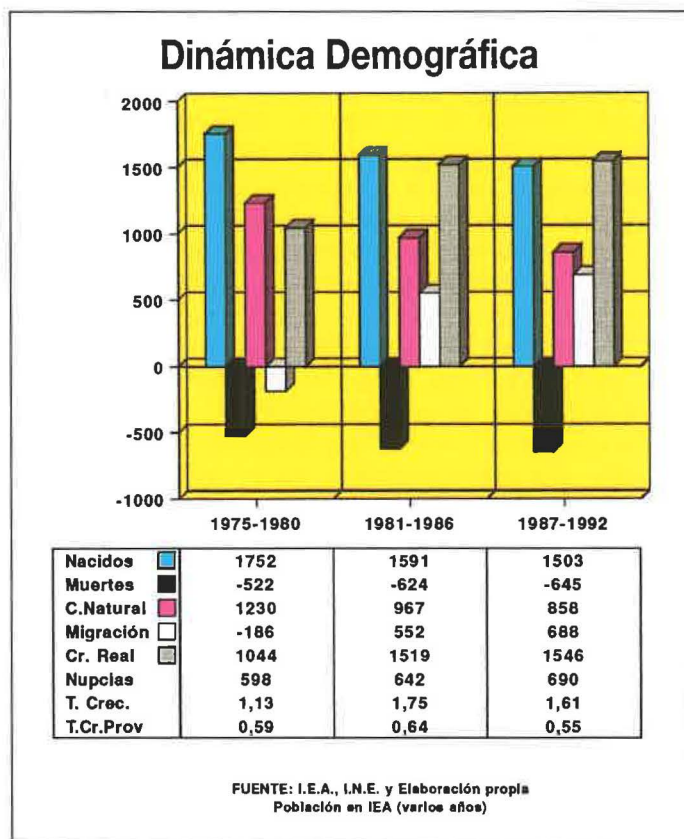
Los recursos humanos

Lepe muestra un notable crecimiento durante los primeros 20 años del presente siglo, pero que se ralentiza durante las tres siguientes décadas, dada la penuria económica reinante. No es hasta los años 60 cuando se produce un nuevo **despegue demográfico**. Este aumento persiste en la actualidad, no tanto ya por el propio crecimiento natural, sino por la existencia de **salos migratorios positivos**.

Por tanto, es especialmente relevante el crecimiento demográfico de Lepe en relación con la mayoría de los municipios onubenses, habiendo triplicado, con creces, su población actual con respecto a la habida a principios de este siglo.

Pero los 17.867 habitantes de Lepe en 1995, de hecho, aumentan mucho más si tenemos en cuenta la **población turística** en verano y la inmigración de temporeros en la **campana del fresón**. En cuanto al primero, la Diputación Provincial estima una ocupación punta de aproximadamente 45.000 turistas. Respecto al segundo, existe una numerosa e indeterminada población flotante que las fuentes municipales estiman en unas 3.000 personas.

Su **dinámica demográfica** muestra tasas de natalidad, que, habiendo bajado mucho, son superiores a las medias, y que para 1991 es del 14,6 por 1.000. También la mortalidad es baja. Como resultado de todo ello, el crecimiento



natural es positivo, un 8,8 por 1.000 en 1991, mayor que a nivel provincial y regional. Además, el saldo migratorio es positivo, especialmente desde los años 80.

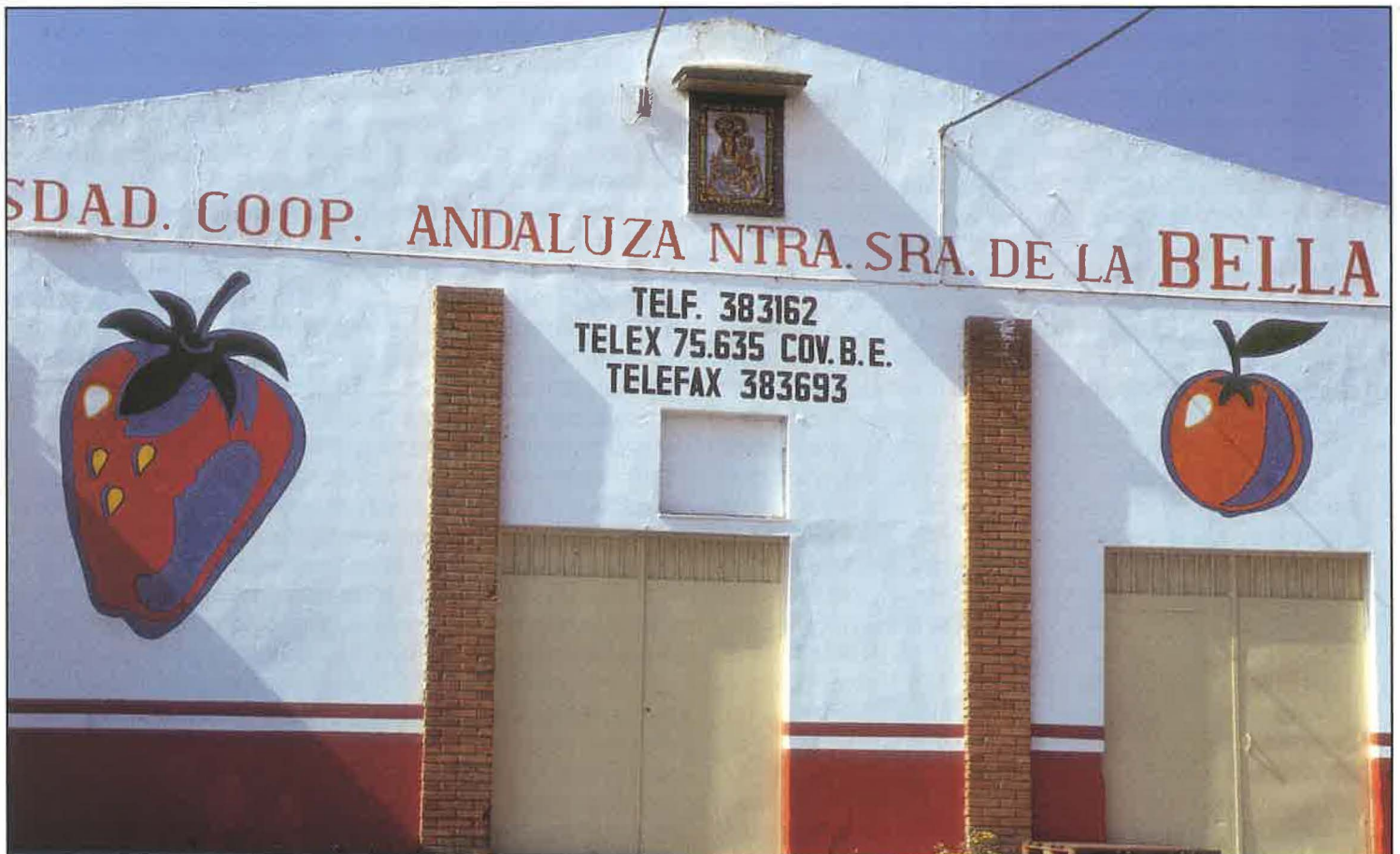
Las **previsiones** demográficas apuntan a que Lepe va a seguir teniendo unos saldos migratorios positivos, pero más moderados, y que el crecimiento real de la población se va a mantener más elevado si se compara con otras medias territoriales. Tomando una hipótesis maximalista, Lepe podría ser el primer municipio, después de la capital, en contar con 20.000 habitantes para el próximo siglo.

Dado su retraso en la caída de la natalidad, presenta todavía un alto porcentaje de población joven, el 26,5 por 100, cuatro puntos por encima de la media provincial y regional; aunque en 1981 era del 36,1 por 100. Por tanto, nos encontramos con una **estructura demográfica joven**, pero tendente al envejecimiento.

Al analizar la **población activa** entre los dos últimos censos, apreciamos un descenso de la población del sector pesquero, mientras que una agricultura en expansión triplica sus efectivos desde 1981. Entre ambos reúnen en 1991 el 60 por 100 de los activos. Por tanto, la economía lepera sigue siendo básicamente primaria. La industria es muy poco significativa, un 5,1 por 100; la construcción, con un 12,4 por 100, alcanza un papel importante; y el sector servicios presenta una representación inferior, un 22 por 100, que a otros niveles.

En cuanto al nivel de instrucción, Lepe posee una población analfabeta y «sin estudios», algo superior, un 10,3 por cien y un 35,6 por cien, respectivamente, a las medias provincial y regional. Estas condiciones desfavorables se reflejan también por sus menores porcentajes de población con estudios secundarios y universitarios.

Lepe posee una **densidad** poblacional de 140 habitan-



Panorámica de Islantilla

A finales de los 80, surge la idea de urbanizar otro tramo costero junto a zonas forestales del interior, con un tipo de urbanización de baja densidad, más oferta hotelera y servicios turísticos y dirigida a un mercado de mayor poder adquisitivo: Islantilla.

Cooperativa Agrícola Nuestra Señora de La Bella

Se convierte en abanderada de los cambios agrícolas de este municipio. La agricultura de regadío es la «locomotora» que tira ahora de la economía lepera.

tes/km² en 1995, frente a la provincial de 45 habitantes/km². La mayor parte de esta población, un 96 por 100, se asienta en el núcleo principal, aunque éste sólo dispone del 50 por 100 del parque inmobiliario. Ello se explica por la importancia de la urbanización, para uso secundario y turístico, en La Antilla, con una población censada de unos 500 habitantes y un total de 4.500 viviendas. El Nomenclátor de 1991 aún no recoge «Islantilla» y muestra otras entidades menores como La Barca, El Catalán y Pinares de Lepe y, en calidad de «diseminado», lo que son otros dos núcleos de poblamiento: El Terrón y el recinto romero de La Bella. La mayor parte de los mismos, a los que une el poblamiento disperso en áreas agrarias, se caracterizan por un crecimiento de su urbanización y de su ocupación permanente.

Una potente y diversificada economía

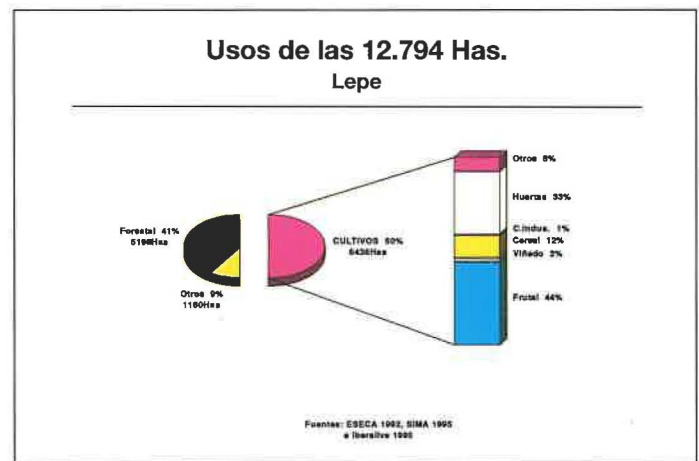
Históricamente, Lepe ha presentado una **economía diversificada**, que tiene sus raíces en la existencia de un medio físico variado, con importantes recursos climáticos e hídricos que influyen positivamente en el éxito de la nueva agricultura y en el desarrollo turístico. A la misma vez, se aprovechan la mar y el medio anfibio de marismas para la pesca y el marisqueo. Pero, en este contexto, hay que tener en cuenta también el espíritu emprendedor de sus gentes, verdadero motor de los cambios socioeconómicos de este municipio en las últimas décadas.

Curiosamente, con una economía primaria, unas veces con la pesca, otras con la agricultura, como principales bazas, y sin alcanzar un desarrollo industrial, este pueblo ha sabido conseguir una notable prosperidad para sus ciudadanos, alcanzando fama por su atracción laboral para trabajadores foráneos.

La pujanza de la agricultura de regadío y del turismo, que bien merecen un epígrafe especial en este estudio, no pueden hacer olvidar el sector que realmente cambió el panorama socioeconómico en Lepe, en los 60: **la pesca**, por sus importantes incidencias en la construcción y el comercio. Por otra parte, esta antigua tradición «marinera» ha contribuido decisivamente a forjar la idiosincrasia del pueblo.

En Lepe predomina la **pesca de bajura**, que se desarrolla al abrigo del río Piedras, en el puerto de El Terrón. Además, también aporta hombres a la pesca industrial o «**congeladora**», con sede principal en el puerto de Huelva.

Ha sido significativo el descenso experimentado por la **población pesquera** en la última década. Para 1981 eran 1.225 personas ocupadas, para el censo de 1991 lo son 895, el 15,9 por 100 de la población activa ocupada total. Es difícil saber con exactitud la población pesquera real, por su gran movilidad laboral. Los datos ofrecidos por el Instituto Social de la Marina de Huelva apuntan para diciembre de 1994 un total de 606 altas. Las cifras de la Cofradía de Pescadores arrojan para la pesca de bajura casi 700 trabajadores. La otrora importante población pesquera, natural de Lepe, en la flota congeladora ha bajado muchísimo, no llegando a las 200 personas, en su mayoría técnicos y especialistas. En suma, se puede afirmar, casi con seguridad, que la población pesquera en Lepe en la actualidad no llega a las 1.000 personas, y su número irremediablemente seguirá bajando en razón a la crisis estructural del sector y a la pujanza de otras ramas de la actividad.



La **flota pesquera**, con matrícula en Lepe, está formada en 1994 por 132 embarcaciones, sin incluir las pequeñas pateras; con una antigüedad media de algo más de 25 años. Son barcos de madera, en su mayoría, salidos de los astilleros de ribera de Isla Cristina. Practican principalmente la pesca de bajura y tienen sus caladeros en el sector suratlántico, con más del 80 por 100 de la misma, y el resto faenan en el banco marroquí y en la desembocadura del Guadiana y Portugal.

En la actualidad, los barcos leperos vagan por los puertos de Huelva, Isla Cristina y Cádiz para vender sus capturas. Ello se debe, entre otras causas, a los problemas de calado, derivado de la potente dinámica sedimentaria litoral que ciega la desembocadura del río Piedras. Hasta el momento, son forzosas las obras de dragados, pero su efectividad perdura escaso tiempo. Todo apunta a que el declive final del **puerto de El Terrón** se debe fundamentalmente a esta causa, por lo que es unánime el clamor del colectivo pesquero para que este problema se resuelva otra vez, aunque sólo por algún tiempo más.

Las **marismas del Piedras** ofrecen un interés marisquero manifiesto. Fueron variadas las experiencias empresariales habidas desde principios de los 80. Se montaron algunas granjas acuícolas y se parceló la marisma para el cultivo de la almeja, con concesiones a cooperativas y particulares. Por causas muy diversas, entre las que destaca la contaminación del río de aquellos años, que mataba al molusco antes de alcanzar la talla comercial, la mayor parte de estas experiencias fracasaron. Hoy no queda prácticamente nada de la «fiebre» acuícola acaecida hace unos años, auspiciada al calor de las subvenciones públicas y el autoconvencimiento de la Administración pesquera y de muchos parcelistas de que en aquella novedosa actividad se podría encontrar una alternativa a la pesca de bajura. Pero todo ello no impide que en un futuro, subsanados algunos problemas, se pueda lograr una **actividad acuícola** a gran escala.

Lepe nunca se ha distinguido por tener una **industria** importante, por volcarse su economía hacia las actividades primarias y turísticas. Dentro de los subsectores industriales, con 79 licencias fiscales en 1995, destacan la alimentación con 19 licencias, la industria de la madera con 16 y los talleres metálicos con 15. La mayoría de los establecimientos se sitúan en las inmediaciones de la carretera de circunvalación. Ante la demanda de espacio, se están habilitando, de la mano de la iniciativa privada, dos nuevos polígonos industriales con buenas expectativas de éxito.

El **comercio** es variado y básicamente local. Se nutre del propio peso demográfico del municipio, incrementado en verano. A lo sumo, también extiende su influencia a los núcleos cercanos de Villablanca y La Redondela. Según el Censo de licencias, predomina el pequeño comercio o minorista, con 376 licencias, sobre el comercio de mayor envergadura o mayorista, con 70.

Transformaciones recientes del espacio agrario

De alguna manera, buena parte de los onubenses han sido testigos de la modernización de las estructuras agrarias y el **desarrollo de la agricultura** en la comarca de la Costa, en la que el territorio y las gentes de Lepe han tenido un papel relevante. Otra cuestión que llama la atención es la rapidez de dichos cambios: desde hace poco más de una década el regadío se impone en la mayoría de las explotaciones; primero, con aguas procedentes del acuífero y, ahora, recurriendo a las aguas superficiales que tienen su origen en la Sierra.

A veces ni la cartografía más usual recoge las enormes transformaciones del paisaje agrario, caracterizado por el descenso de la superficie forestal y la progresiva sustitución de cultivos en secano que, para Lepe, eran, principalmente, de almendro, higuera y vid, en favor de cultivos en regadío y de mayor productividad en el mercado: fresón, naranja, hortalizas y otros frutales. Aparece un paisaje «atípico» de acolchados e invernaderos, formando «mares de plásticos». Las técnicas, mecanización y sistemas de cultivos asisten a una revolución innovadora. Sobre los cimientos de una **agricultura tradicional** se han superpuesto nuevos conceptos y pautas que se han dado en llamar **nueva agricultura** comercial y empresarial, volcada hacia la exportación (Márquez Domínguez, J. A., 1986).

La **superficie regable** en 1981 era de 618 has., un 12,7 por 100 de las tierras cultivables; en 1995, son 2.800 has., el 43,5 por 100. Y esta tendencia proseguirá a tenor de las expectativas del Plan de Regadío del Chanzas y de la actual dinámica socioagraria. El resultado final va a ser llegar a las 5.000 has. en regadío, dentro de unos años, lo que significa un porcentaje muy alto de la superficie en condiciones de cultivar y no protegida por las disposiciones del propio Plan y del ordenamiento urbano local.

El cultivo líder en este proceso, abanderado de la nueva agricultura onubense, es el **fresón** (Márquez Domínguez, J. A., 1986), que se extiende en este municipio por unas 1.150 hectáreas. En segundo lugar, destaca el **naranja**, que, de ser un cultivo tradicional de algunas huertas, ha experimentado un espectacular crecimiento, con nuevas técnicas de riego y sustituyendo a antiguos espacios forestales. Suele coincidir con explotaciones de mayor tamaño frente a las de «fresas». Para 1995 se alcanza unas 1.230 has. Como muestra del **carácter social** de estos cultivos tenemos que sólo el fresón ha generado en 1995 unos 816.000 jornales, a los que se unen los 123.000 de la explotación de cítricos.

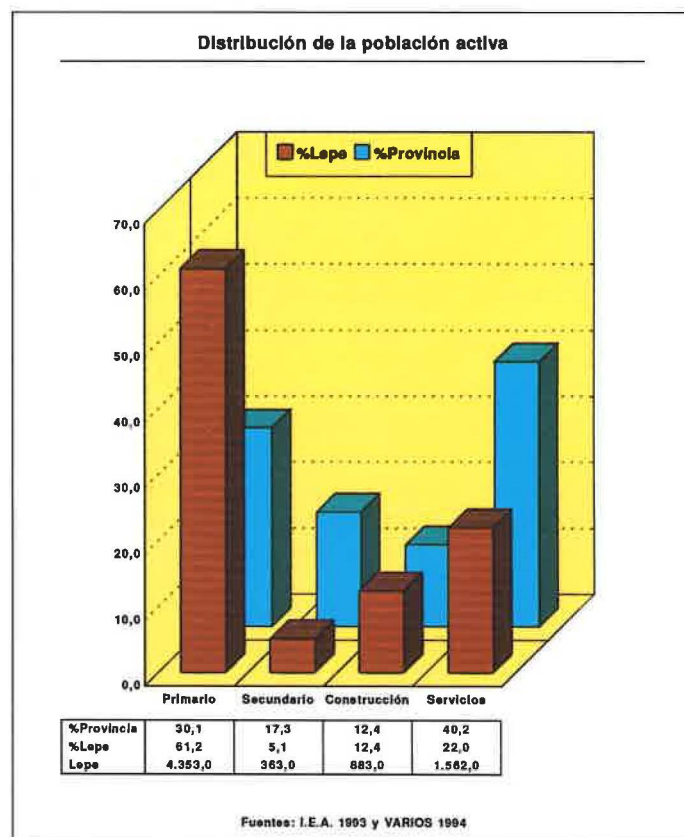
Entre los factores que explican este proceso de transformación, tenemos, en primer lugar, los de orden físico: la topografía llana; el clima, sin heladas y de intensa insolación;

los suelos, fáciles de trabajar; y los recursos hidrológicos. Pero, en segundo lugar, esta agricultura no sería posible sin el factor humano, comenzado por la iniciativa empresarial de buena parte de los agricultores.

Ha sido necesario el reciclaje en conocimientos agrarios de aquel «viejo» agricultor, modificándose el perfil de este grupo activo. El campo, lejos de lo que acontecía hace unas décadas, se convierte ahora en un medio de vida muy apetecido para nuevos agricultores jóvenes, herederos de tierras de los anteriores o venidos de otros campos de la actividad y que se aventuran a comprar, arrendar y transformar fincas marginales. Algunos de los mismos, más que en «campesinos», se convierten en **«empresarios agrícolas»**, por la forma de ejercer su actividad y las pautas sociales y laborales que desarrollan.

Estos procesos agrícolas han generado **fenómenos socioeconómicos** muy interesantes que con la agricultura tradicional no se daban, como son: la aplicación de nuevas técnicas; el uso intensivo del regadío a través del goteo y la fertirrigación; la asimilación rápida de innovaciones tecnológicas; la creación y mejora de la infraestructura de transporte y comercialización; la multiplicación de comercios, industrias subsidiarias y servicios que suministran y se benefician del sector agrario; la demanda de una abundante mano de obra y que se palia por la incorporación masiva de la mujer al mundo laboral; los trasvases de trabajadores de otras actividades la inmigración cada vez más numerosa.

Asimismo existen aspectos que perjudican el normal desarrollo de esta transformación agraria como son entre otros: los problemas de superproducción de algunos productos; la excesiva especialización en el cultivo del fresón; la dependencia tecnológica hacia subsectores industriales exteriores al agrario, como la química y el transporte; la falta de



industrias transformadoras; la contaminación del acuífero y el depósito incontrolado de plásticos.

Se comprueba que la productividad del cultivo de «las fresas» ha caído en los últimos años, y lo seguirá haciendo si tenemos en cuenta la existencia de unos mercados a veces sobresaturados y caprichosos y la competencia desleal por parte de Francia y de Marruecos; esta última por sus mayores ventajas de índole salarial. Por ésta, entre otras razones, es totalmente necesario aprovechar los circuitos comerciales, las infraestructuras y otros servicios generados por el fresón para investigar y consolidar mercados para nuevos **cultivos alternativos**.

Al calor de aquel «oro rojo», por los notables beneficios que para el productor se generó en los primeros años, muchos agricultores se volcaron y se especializaron en el cultivo del fresón. Pero para conseguir dichos beneficios ha sido necesaria la inversión de cuantiosos capitales para transformar la tierra, para adquirir medios de transporte, para mantener en condiciones óptimas los cultivos, etc. Y es más, en cada «campana», particularmente del fresón, es obligado realizar ingentes gastos antes de conseguir los primeros ingresos en los inicios de la recolección. Algunos recurren al ahorro personal, otros al préstamo bancario. Pero para todos ellos la incertidumbre es enorme: cualquier elemento natural desfavorable o un cambio negativo en los precios pueden provocar un descalabro en las cuentas y expectativas marcadas por el agricultor. Las ganancias o la ruina pende de un hilo; es tema corriente de conversación. Y en este panorama, el principal afectado es siempre el agricultor. Pero, además de otros factores, no hay que olvidar que los beneficios también dependen del tesón, oficio e inteligencia de cada uno.

Un buen reflejo del desarrollo agrícola y económico de este municipio es la realización de la feria agrícola **Agrocosta**, ubicada en el espacio de la Cooperativa Nuestra Señora de la Bella. A pesar de su reciente implantación, es una de las principales muestras en su género a nivel nacional. Además de los tratos y relaciones comerciales, sirve como escaparate de las innovaciones en el campo agrícola, biológico, industrial y de transportes.

A la vista de la inquietud de los agricultores de Lepe y de la comarca, de los buenos resultados agroeconómicos alcanzados desde finales de los 70 y por las esperanzadoras expectativas de continuidad, el 17 de julio de 1985 se aprueba el **Plan de Transformación de la Zona Regable del Chanzas**, asumida por las Administraciones central y autonómica. El ámbito territorial afectado a nivel comarcal es de algo más de 17.000 hectáreas, divididos por sectores. En lo que se refiere a Lepe, engloba, total o parcialmente, siete sectores, con unas 6.000 hectáreas de tierra cultivable a transformar en regadío mediante aguas superficiales.

Este Plan se convierte en un elemento esencial de la actividad agraria de hoy y, sobre todo, en el futuro. Por una parte, asegura el principal recurso natural: **el agua**, ya que hasta ahora los recursos subterráneos soportaban el peso de los aprovechamientos, explotados además incontroladamente, con los consiguientes problemas ecológicos de agotamiento, salinización y contaminación. Y, de otra, permite un crecimiento espectacular del regadío, ya que puede duplicar la actual superficie.

En suma, este proyecto tendrá una enorme repercusión territorial, ya que dará un impulso sin precedentes al campo

y, por ende, a la economía local de este pueblo y del conjunto de la comarca. Sin duda, intensificará con creces los cambios paisajísticos y los actuales fenómenos socioagrarios en marcha.

El turismo: de La Antilla a Islantilla

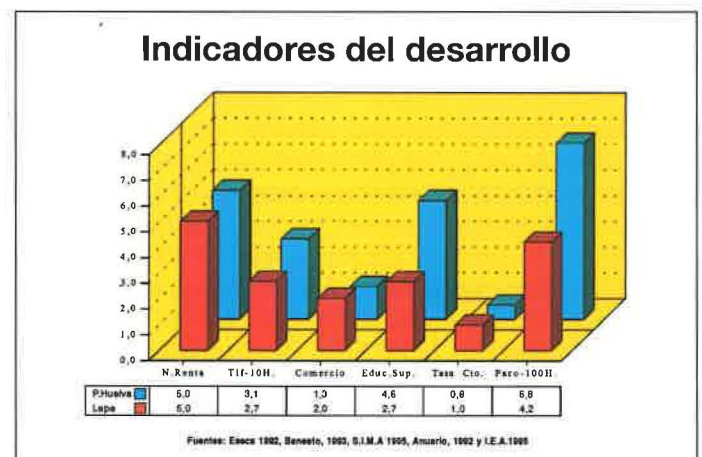
La actividad turística en Lepe, en alza en los últimos años, es otra alternativa socioeconómica. Su importancia es creciente, cobrando nuevos impulsos promociones turístico-urbanísticas que van desde La Antilla hasta la expansión de Islantilla. Este turismo ayuda a reactivar la construcción, favorece la actividad agrícola por ser un mercado consumidor, eleva las rentas locales y proporciona trabajo en el sector comercial y servicios.

La **estacionalidad** se convierte en uno de los principales problemas para la administración local y los subsectores comercial y de hostelería, ya que conlleva una concentración de las necesidades de la demanda en un corto período de tiempo, mientras obliga al cierre de los establecimientos para el resto de las estaciones. Por tanto, la rentabilidad de la inversión se reduce o no alcanza las cotas deseadas. Estas variaciones estacionales son tremendas en La Antilla, donde se pasa de una población en el mes punta de unas 45.000 personas, a una ciudad vacía de 500 habitantes censados en invierno.

La **oferta hotelera** se ha incrementado con la aparición del Hotel Confortel-Islantilla, con unas 700 plazas. Además, existen ocho pequeños establecimientos en La Antilla, con 302 plazas, y cinco centros, con 139 plazas de similar categoría, en Lepe. A pesar de ello, la mayor oferta turística sigue procediendo de segundas residencias o de apartamentos para alquilar.

Otro tipo de oferta está constituida por los establecimientos de **campings**. En los últimos años, aparecen dos establecimientos: «La Antilla» y «La Barca», con 879 plazas en conjunto. La hostelería está representada en el municipio con 30 restaurantes y 124 bares-cafés, en muchos de los cuales se pueden saborear mariscos y pescados frescos.

Tradicionalmente, la **demand**a de este turismo litoral es esencialmente subregional, procedente de las provincias limítrofes andaluzas y de Extremadura. Durante años, La Antilla, por problemas de comunicaciones y falta de oferta hotelera, parecía quedar al margen de los grandes circuitos turísticos nacionales e internacionales. No obstante, la





Estampa de la romería de «La Bella»

Cada segundo domingo de mayo, al amanecer, el pueblo de Lepe peregrina a pie, a caballo o en carruajes junto a su patrona camino de El Terrón, hasta llegar a la Ermita, en un paisaje de trigales, almendros y marismas. (Fotografía donada por gentileza de Foto-estudio Vélez).

influencia y afianzamiento de Islantilla le está beneficiando en promoción y llegada de turistas extranjeros.

Sin obviar la importancia turística que tiene La Antilla, merece detenernos en el análisis, por la calidad urbanística, envergadura empresarial y efectos positivos en la economía de la zona, en un proyecto que ya empieza a ser realidad: **Islantilla**. Representa, a pesar de su juventud, la promoción de mayor viabilidad de todo el litoral onubense y que, a diferencia de otros magnos proyectos, no tiene en la zona ninguna oposición o rechazo social.

Si bien las primeras obras comienzan en 1990, la idea de su urbanización arranca de principios de los 80 y sus pasos firmes datan de 1989 con las negociaciones entre las corporaciones de Lepe e Isla Cristina. La propiedad privada de estos terrenos fue decisiva y buena parte de los interesados se acogen a la fórmula de **Junta de Compensación** para la promoción y reparto de cargas y beneficios de este núcleo turístico.

Esta nueva zona turística e inmobiliaria, ganada de anteriores espacios forestales y agrícolas en secano, se sitúa sobre un área de 304 hectáreas, a caballo entre los términos de **Isla Cristina y Lepe**, de las cuales sólo un tercio es terreno edificable. Se prevé una ocupación final para aproximadamente 22.000 personas, de las que inicialmente un 23 por 100 y un 32 por 100 serán destinados para alojamiento hotelero y apartahotelero; el resto será para edificación residencial de alto confort o de calidad medio-alta. Por tanto, los diseños urbanísticos contemplan una urbanización de baja densidad.

Este proyecto, que pretende captar por igual la demanda internacional y nacional, intenta no sólo ofertar el clásico binomio sol y playa, sino que, dentro de las nuevas corrientes turísticas, incorpora equipamientos turísticos de mayor cualificación, como son el **Campo de Golf** de 27 hoyos, zonas comerciales y amplias áreas verdes y de espacios libres. Además, faltan por construir el Centro Internacional Deportivo, el Club Hípico y el Club Marítimo.

Los dos municipios implicados dinamizan y gestionan este proyecto a través de la **Mancomunidad Intermunicipal de Islantilla**, creada en octubre de 1990. Con gerencia propia y en representación de ambos municipios, actúa de forma autónoma, desde donde «se aborda la organización interna de esta nueva entidad urbana en áreas consideradas estratégicas como el urbanismo, variados servicios públicos, la promoción económica y desarrollo, formación ocupacional y fomento de empleo, deporte, medioambiente, ocio y turismo» (Mancomunidad, 1994).

Entre las actuaciones más sobresalientes destacan la construcción del **Centro Escuela de Formación Ocupacional (CEFO)**, donde se han impartido cursos formativos de cara al empleo que se necesita en esta zona y la constitución del Gabinete de Desarrollo Económico, la Empresa

Mancomunada de Suelo, Urbanización y Servicios de Islantilla, el Patronato Intermunicipal de Deportes, una Escuela de Hostelería y el Plan de Playas. Además, se encuentra en marcha la creación del Centro Internacional Deportivo. Por otra parte, cuenta también con el respaldo técnico de dos instituciones dependientes de la Mancomunidad, como son la Fundación **Centro de Estudios Marinos** y la **Oficina de Medioambiente**, la cual, entre otras actuaciones, desarrolla junto a los vecinos portugueses el Programa Transfronterizo de la Unión Europea INTERREG I y II.

Por tanto, la realidad turística de Lepe ha dado un giro total con el desarrollo paulatino de este proyecto turístico, contribuyendo a modificar la oferta y la demanda y a desarrollar equipamientos y servicios propiamente turísticos. Es con este proyecto cuando podemos hablar de aprovechamiento turístico con «mayúsculas», por la variedad de servicios y su incidencia en el empleo, y no lo que se venía dando antes, cuando se confundía el desarrollo turístico con el puramente urbanístico.

Bibliografía y fuentes citadas

- CAMACHO GONZÁLEZ, J. J. (1988): *Sobre el quién y el devenir leperos. «Trazas de una originalidad»*. Ayuntamiento de Lepe.
- ESPASA CALPE: *Diccionario enciclopédico*. (1916).
- GONZÁLEZ GÓMEZ, A., (1982): *Ordenanzas municipales de Lepe*. Diputación Provincial de Huelva.
- JURADO ALMONTE, J. M. (1989): «Homogeneidad y funcionalidad de la comarca de La Costa de Huelva», en *Revista de Estudios Andaluces*, n.º 13, pp. 149-181, Universidad de Sevilla.
- JURADO ALMONTE, J. M. (1990): «Transformaciones recientes de los aprovechamientos agrarios de la comarca de La Costa de Huelva», en *Revista de Estudios Andaluces*, n.º 14, pp. 179-191, Sevilla.
- JURADO ALMONTE, J. M. (1992): «La comarca de la Costa Occidental de Huelva: caracterización y posibilidades de desarrollo», en *Huelva en su Historia*, n.º 4, pp. 171-247, Huelva.
- JURADO, J. M Y MÁRQUEZ, J. A. (1994): *Isla Cristina: la mar, su tierra y sus hombres*. Estudio inédito.
- MÁRQUEZ DOMÍNGUEZ, J. A. (1986): *La Nueva Agricultura onubense*, Instituto de Desarrollo Regional, Universidad de Sevilla.
- MORENO ALONSO, M. (1979): *Huelva, introducción geohistórica*. Caja Rural de Huelva.
- NUÑEZ ROLDÁN, F. (1987): *En los confines del Reino. Huelva y su tierra en el siglo XVIII*. Universidad de Sevilla.
- RODRIGO CARO (1634): *Antigüedades, y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorographia de su convento iurídico*. Sevilla.
- RUBÉN AVILA, F., (1974): *En Lepe fue armada y abastecida la flotilla que, al mando de Juan Díaz de Solís, culminó con el hallazgo del Río de la Plata*. Real Sociedad Colombina Onubense.
- TORNERO TINAJERO, P. (1990): *Los pueblos de Huelva y América: la proyección atlántica del litoral onubense*. Aldaba D.L., Madrid.
- TORRES TORONJO, M. (1995): «El mosto y el vino, una relación histórica», en *Huelva Información*, Seminario de La Costa, 6-13 de enero de 1995.